

Ann Pettifor

LA PRODUCCIÓN DEL DINERO

Cómo acabar con el poder de los bancos



«Siempre pensé que Ann Pettifor sería la autora perfecta para un libro que destruyese la fantasía de que el dinero es apolítico y el mito tóxico de que la política monetaria debe mantenerse al margen de la democracia. Ahora ya lo ha escrito.»

Yanis Varoufakis

Sin Fronteras

La producción del dinero

ANN PETTIFOR

LA PRODUCCIÓN DEL DINERO

Cómo acabar con el poder de los bancos

Traducción de
Ángello Ponziano



Para obtener este libro en formato digital escriba su nombre y apellido con bolígrafo o rotulador en la primera página. Tome luego una foto de esa página y envíela a <ebooks@linceediciones.com>. A vuelta de correo recibirá el e-book gratis. Si tiene alguna duda escríbanos a la misma dirección.

© Ann Pettifor, 2014

© Traducción: Ángel Ponziano

© Los libros del lince, S. L.

Gran Vía de les Corts Catalanes, 657, entresuelo

08010 Barcelona

www.loslibrosdellince.com

Título original: *The Production of Money: How to Break the Power of Bankers*

ISBN: 978-84-15070-78-8

Depósito legal: B-24674-2016

Primera edición: marzo de 2017

Impresión: Novoprint

Maquetación: gama, sl

Diseño gráfico de cubierta: © Malpaso Ediciones, S. L. U.

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet), y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo, salvo en las excepciones que determine la ley.

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	9
1. El poder del crédito.	25
2. La creación del dinero.	41
3. El «precio» del dinero.	71
4. El caos en que nos encontramos	93
5. Los intereses de clase y el amoldamiento de las escuelas de economía.	113
6. ¿Debería la sociedad arrebatarse a los bancos la potestad de crear el dinero?.	133
7. Subordinar las finanzas, restablecer la democracia . . .	175
8. Sí, podemos permitirnos lo que seamos capaces de hacer	199
<i>Agradecimientos</i>	207
<i>Notas</i>	209
<i>Lecturas recomendadas</i>	219

PRÓLOGO

Hace diez años, en la primavera de 2006, escribí un modesto libro titulado *La próxima crisis de deuda del Primer Mundo*. Lo escribí para hacer una advertencia nada sutil a aquellos amigos que habían aceptado el modelo de liberalización de las finanzas y estaban endeudándose como si el mañana no existiese. Mi temor era que debido a la extendida ignorancia de las actividades del sector financiero mundial, y también porque los propios economistas profesionales no demostraban grandes conocimientos sobre el dinero, la banca y la deuda, los usuarios normales estuviesen dirigiéndose como sonámbulos hacia una crisis de la que no eran responsables.

No estuve de acuerdo con el título elegido por el editor, creyendo que el libro estaría desfasado tan pronto como se publicase en septiembre de 2006. Para entonces, seguramente, la crisis habría llegado. Estaba completamente equivocada, y muy acertado el editor que ignoró mis objeciones. En el ínterin, tuve que soportar algunos comentarios poco amables sobre mi análisis del sistema. En una columna de *The Guardian* publicada el 26 de agosto de 2006, sostenía yo que la caída de las ventas de viviendas en Florida y California del verano anterior debía interpretarse como un indicador de la profunda y vasta crisis del crédito *subprime* que se avecinaba en Estados Unidos; y que el estallido de una crisis de crédito/deuda en este país tendría sobre nosotros un impacto mucho mayor que la entonces intensa cri-

sis en el Líbano. «¡Es el fin del mundo!», clamaban en internet. Bobdoney —alguien que sospecho era un operador en la City de Londres— acotó líricamente:

La semana próxima, Ann escribirá sobre un asteroide de unos diez kilómetros de ancho que acaba de chocar contra una mariposa en los cinturones de Van Allen y que, en el preciso momento en que me dispongo a comerme mi sándwich de pepino y beberme la tercera taza de té del día, se dirige inexorablemente hacia su punto de impacto, frente a la costa de Grimsby a las 14.30 del 29 de agosto de 2006.

¡Plaf!

Bobdoney llevaba diez años en activo y tras el estallido de la crisis no volvió a saberse de él.

ESTALLA LA CRISIS

Recuerdo exactamente dónde me encontraba aquel soleado 9 de agosto de 2007, cuando me dijeron que los préstamos interbancarios habían sido congelados. Los banqueros sabían que sus colegas estaban arruinados y que no se podía confiar en que cumpliesen con sus obligaciones. En ese momento pensé, inocentemente, que los amigos captarían el mensaje. También esperé en vano que los economistas profesionales sumarían su voz a la de los pocos que anticipaban la catástrofe. No fue así. Aparte de los lectores del *Financial Times* y, por supuesto, de algunos especuladores del sector financiero, muy pocos parecieron darse cuenta.

Al final, habiendo transcurrido un año, en septiembre de 2008, cuando Lehman Brothers se derrumbó, la gente en general comprendió que el sistema financiero internacional se había hundido. Para entonces era demasiado tarde. El mundo se en-

contraba peligrosamente al borde de un completo desastre financiero. El temor a que los clientes de los bancos no pudiesen retirar efectivo de los cajeros automáticos era un hecho. El miércoles después de la caída de Lehman, Mohamed El-Erian, director ejecutivo de PIMCO, le pidió a su esposa que fuese al cajero automático y retirase todo el dinero que pudiese. Cuando ella le preguntó la razón, le respondió que temía que los bancos estadounidenses no abriesen.¹ Muchas empresas con valores de primera clase (*blue chips*) llamaron al Tesoro de Estados Unidos para explicar que tenían problemas de financiación. Durante aquellas semanas terroríficas, fuimos testigos de un experimento de los mercados financieros que estuvo a punto de no funcionar.

Con este telón de fondo, no debía sorprendernos que las autoridades, los políticos y los comentaristas fuesen incapaces de ofrecer respuestas coherentes ante la crisis. Muchos situados a la izquierda del espectro político estaban igual de atónitos. Como la mayoría de los economistas, la izquierda parecía no entender ni jota del sector financiero. En cambio, la atención se centraba en la economía del mundo real: la fiscalidad, los mercados, el comercio internacional, el FMI y el Banco Mundial, las políticas de empleo, el medio ambiente, el sector público. Muy pocos habían prestado atención a las vastas, crecientes e intangibles actividades del sector financiero privado desregulado. Como resultado, muy pocos de la izquierda (en general, aunque con claras excepciones) y, en este sentido también de la derecha, fueron capaces de realizar un análisis sólido de las causas de la crisis y, por tanto, de las políticas necesarias para recuperar el control de ese importante bien público que es el sistema monetario.

También los banqueros fueron al principio incapaces de reaccionar y, necesitados desesperadamente de rescates financiados por los contribuyentes, al menos de momento se mostraron humildes. Pero no duró mucho. Después de los rescates, los gobernantes tuvieron que afrontar un enorme vacío político. Los

miembros del G-8, encabezados por el británico Gordon Brown, en un principio cooperaron a nivel internacional para estabilizar el sistema. Pero tal cooperación y los estímulos que llevaba aparejados se esfumaron pronto. En todo el mundo, políticos y legisladores recayeron, o se vieron tentados a hacerlo, en las políticas ortodoxas para la estabilización, particularmente en el saneamiento presupuestario. Como había advertido Naomi Klein, muchos en el sector financiero interpretaron enseguida la crisis como una oportunidad para reforzar y ampliar el control ejercido por el sistema financiero mundial sobre las autoridades electas y sobre los mercados. A diferencia de buena parte de los partidos de izquierda y socialdemócratas, después de algunas vacilaciones decidieron aprovechar la oportunidad a fin de primero consolidar y luego extender su poder.

No hubo cambios fundamentales en la arquitectura financiera internacional. El Comité de Basilea para la Supervisión Bancaria alardeó de haber emprendido reformas poscrisis, pero no aportó sugerencias para hacer cambios estructurales en la arquitectura y el sistema financieros internacionales. El modelo económico dominante, es decir, el neoliberalismo, prevaleció en todas partes. Paul Mason escribió un libro en 2009 titulado *Debacle*, cuyo subtítulo era *El final de la era de la codicia*. Qué equivocado estaba. Diez años después del inicio de la recesión de 2007, al tiempo que las desigualdades polarizan a las sociedades, el mundo se encuentra dominado por un oligopolio que acumula de manera codiciosa obscenos niveles de riqueza. Y a pesar de la debacle inicial, la crisis financiera mundial no ha tocado a su fin. Al contrario, continúa, y ha desplazado su epicentro desde las economías anglo-estadounidenses a la Eurozona, para centrarse ahora en los llamados «mercados emergentes». Los bancos privados y otras instituciones financieras están atiborrándose de deuda barata emitida por los bancos centrales, a la vez que han transferido la deuda costosa a las empresas, las familias y los individuos.

La ciudadanía de las economías occidentales ha sufrido las consecuencias. En el momento en que este libro va camino de la imprenta, millones de personas están rebelándose, en algunos casos apoyando a candidatos populistas de derechas. Tienen la esperanza de que estos «hombres y mujeres fuertes» les protejan de las obstinadas políticas neoliberales que favorecen los mercados financieros, comerciales y laborales mundiales sin ningún tipo de restricción.

LAS CONSECUENCIAS DE LAS CRISIS FINANCIERAS EN CURSO

En un momento en que una reducida élite de los sectores financiero y tecnológico continúa acaparando enormes beneficios financieros, la OIT (Organización Internacional del Trabajo) calcula que en todo el mundo hay al menos 200 millones de personas sin trabajo. En algunos países europeos, una de cada dos personas jóvenes se encuentra en el paro. Oriente Medio y África del Norte, permanentemente sacudidos por turbulencias políticas, religiosas y militares, tienen la tasa de desempleo juvenil más alta del mundo. En las economías en que las contrataciones han aumentado, como en el caso británico, se trata de contratos precarios y en los que no se especifica las horas semanales que hay que trabajar, además de que los salarios son variables. Abundan los presagios de un futuro robotizado que traerá la obsolescencia de la mano de obra humana. Semejante visión se basa en suponer que la disponibilidad de los minerales básicos para el desarrollo de la robótica —como el estaño, el tantalio, el tungsteno y el coltán—, así como la capacidad del planeta para absorber las emisiones asociadas a su extracción, son infinitas. Sin embargo, la cuestión de la incapacidad para ofrecer un empleo digno a millones de personas —en un momento en que tanto hay que hacer a fin de superar la economía basada en los combustibles fósiles— casi no figura entre las prioridades políti-

cas de la mayoría de los gobiernos socialdemócratas. Muy pocos, si es que hay alguno, reivindican el empleo pleno, bien remunerado y cualificado.

Mientras que el PIB mundial es de sólo 77 billones de dólares, desde 2007, según McKinsey, los activos financieros mundiales han crecido hasta los 225 billones de dólares. Gracias a los mercados de crédito sin regulación, la deuda mundial continúa aumentando. En 2015 era del 286 por ciento del PIB mundial, comparada con el 269 por ciento en 2007.² Millones de trabajadores llevan siete años sin percibir un aumento de sueldo. Las empresas, tanto las grandes como las pequeñas, se enfrentan a una caída de los precios que conduce a menores beneficios y al riesgo de la quiebra. La «austeridad» está aplastando las economías del sur de Europa y reduciendo la actividad económica en todas partes. En Estados Unidos, casi un tercio de los adultos, cerca de 76 millones de personas, están «luchando por salir adelante» o simplemente «están apañándose».

Sin embargo, a los rentistas las cosas les van mejor que nunca; los banqueros, ya sean legales o «en la sombra», y otras instituciones financieras continúan en pie gracias a los avales gubernamentales respaldados por los contribuyentes, el dinero barato y otras concesiones de los bancos centrales dirigidas exclusivamente al sector financiero. También le va muy bien al nuevo oligopolio mundial; las grandes empresas como Apple, Microsoft, Uber y Amazon están amasando enormes fortunas mediante actividades monopolizadoras cuando se trata de fijar los precios.

Estas y otras empresas que constituyen el 1 por ciento de las principales corporaciones acaparan activos líquidos por valor de 945.000 millones de dólares, mientras que el total de las corporaciones estadounidenses sólo cuentan con 1,84 billones de dólares en activos. Pero dichos activos se ven eclipsados por el endeudamiento de las empresas. En el momento en que este libro está listo para imprenta, las empresas estadounidenses han acumulado una deuda de más de 6,6 billones de dólares.³ En

2015, la deuda de éstas fue tres veces superior a sus resultados antes de intereses, impuestos, depreciación y amortización; todo un récord en los últimos doce años, según Bloomberg. Sólo en 2015, sus obligaciones aumentaron en 850.000 millones de dólares, lo que supone cincuenta veces el aumento de sus activos, de acuerdo a las estimaciones de Standard & Poor's. No obstante, más o menos un tercio de estas empresas es incapaz de obtener suficiente rentabilidad de la inversión como para sufragar el elevado coste del crédito. La bancarrota es un riesgo real para muchas de las empresas pequeñas. Sus acreedores podrán mostrarse indiferentes, pero no es improbable que en algún momento los deudores corporativos, y no las familias, vuelvan a hacer estallar el sistema, una vez más.

Hay otros indicadores de la crisis de las finanzas mundiales, y todos coinciden en anunciar otra crisis en el sistema financiero globalmente interconectado. El más temible es la deflación: una amenaza poco comprendida por la opinión pública y apenas abordada por los políticos y economistas, pero un fenómeno hoy plausible en Europa y Japón y una amenaza para China. Esta última en 2009 salió en rescate de la economía mundial al introducir medidas de incentivación equivalentes a 600.000 millones de dólares, lo que permitió que las economías occidentales se mantuvieran a flote. Los dirigentes occidentales reaccionaron volviendo a las políticas contractivas ortodoxas y reduciendo la demanda de bienes y servicios chinos. Esto condujo a China a un sobreendeudamiento bancario y a un excedente de productos tales como neumáticos, acero, aluminio y gasóleo, excedentes que provocaron una inflación negativa de los precios de producción en los cuatro años previos a 2016; y dado que esta sobre capacidad se canalizó hacia los mercados globales, las presiones deflacionarias afectaron a las economías occidentales.

Resulta sorprendente que tanto los políticos occidentales como los comentaristas financieros se alegrasen de la caída de los precios. En mayo de 2015, coincidiendo con la entrada oficial del

Reino Unido en un estado de deflación por primera vez desde hacía más de medio siglo, el ministro de Hacienda, George Osborne, declaró esta «clase adecuada de deflación como algo bueno para las familias». Aseguró que no temía «un ciclo perjudicial de caída de precios y salarios». ⁴ Nadie en el *establishment* político y económico británico quiso reconocer que la caída de los precios era la consecuencia de una economía mundial en desaceleración, y debida especialmente al descenso de la demanda de mano de obra, financiación, bienes y servicios. En su lugar, la mayoría de los economistas se limitó a interpretar la deflación como un signo de que los consumidores ¡estaban postergando sus compras!

Lo más preocupante de las presiones deflacionarias es el efecto que tienen sobre la deuda y las tasas de interés. Puesto que una caída generalizada de los precios repercute en el sistema financiero, también los salarios y los beneficios descienden, y las empresas acaban en quiebra. Al mismo tiempo, inexorable e invisiblemente, el valor del volumen de las deudas aumenta en comparación con los precios y los salarios. El coste de la deuda (la tasa de interés) sube también, por más que las tasas nominales sean bajas, negativas o estables. Las tasas negativas de interés reales sólo son posibles si las tasas nominales de interés son mucho más negativas todavía; y para los bancos centrales, en el nivel político, tales tasas serían difíciles de mantener.

Hablando claro: para una economía mundial sobreendeudada, la deflación es una amenaza en verdad aterradora.

Pero lo que a mí me preocupa —y también a muchos más— es que los bancos centrales no supieron usar las herramientas políticas de que disponían para afrontar otra crisis financiera mundialmente interconectada. Tanto en el Reino Unido como en Estados Unidos, después de la crisis de 2007-2008, las tasas de interés de sus bancos centrales pasaron de estar en torno al 5 por ciento a apenas un poco por encima de cero. Aumentaron enormemente sus balances contables mediante la compra o el préstamo de activos financieros y corporativos (valores) en los merca-

dos de capital, y acreditándolos en las cuentas de los vendedores. De este modo, la Reserva Federal de Estados Unidos sumó 4,5 billones de dólares a su balance contable. El del Banco de Inglaterra es todavía mayor, en relación con el PIB del Reino Unido, de lo que ha sido en cualquier otro momento de su historia. Pero por más que la «flexibilización cuantitativa» (QE, por sus siglas en inglés) pueda haber estabilizado al sistema financiero, también ha contribuido a inflar el valor de los activos mayoritariamente en manos de los ricos. En tal sentido, la QE ha favorecido el aumento de las desigualdades y de la inestabilidad política y social derivada de éste. Por esta razón, potenciar aún más la QE es muy probable que no resulte políticamente factible.

Pese a que la política monetaria se suavizó, la recuperación económica se paralizó o ralentizó, debido a que los gobiernos se embarcaron simultáneamente en políticas a favor del «radicalismo monetario con conservadurismo fiscal». Esta estrategia de la «austeridad» fue promovida por los economistas ortodoxos, los bancos centrales y las instituciones internacionales como el FMI y la OCDE, y contaron con el apoyo de los medios de comunicación occidentales.⁵ El resultado era predecible: endeudamiento continuado y recesiones recurrentes. La recuperación de las crisis, sobre todo en Europa, ha sido peor que después de la Gran Depresión de la década de 1930, cuando a los países les llevó mucho menos tiempo volver a los niveles de empleo, ingresos y actividad anteriores a la crisis.

En la actualidad, la defensa de la «austeridad» se halla en retroceso. A las instituciones mundiales les aterra la volatilidad del sistema financiero, las amenazas de deflación y la posibilidad de una ralentización de la economía mundial. En respuesta, mediante unos insólitos giros de 180 grados, han cambiado radicalmente sus recomendaciones de consolidación presupuestaria. El FMI, en un escrito de mayo de 2016, se preguntaba si no se habría impulsado el neoliberalismo de forma excesiva. En 2016, la OCDE recomendó en varias ocasiones a los responsa-

bles políticos que «actuaran ya y mantuvieran las promesas», ampliando el gasto y las inversiones públicas. En junio de 2016 planteó que «por sí sola, la política monetaria no puede escapar a la trampa del bajo crecimiento y puede estar sobrecargada. El espacio fiscal se ve aliviado si las tasas de interés son bajas». Se incitó a los gobiernos a utilizar la «inversión pública para fomentar el crecimiento». ⁶ Pero estos nuevos, aunque tardíos, conversos de la expansión presupuestaria podrían muy bien haber chocado contra un muro de ladrillos, si consideramos la atención que les han prestado tanto el Congreso de Estados Unidos como los neoliberales ministros de economía de Alemania, Wolfgang Schäuble, de Finlandia, Alexander Stubb, o de Gran Bretaña, George Osborne. La ideología de la austeridad —la drástica reducción del Estado— unida al fundamentalismo del libre mercado están hoy tan arraigados en los ministerios de Hacienda de los gobiernos occidentales que, por más que resulte trágico, ni los políticos ni los legisladores logran reaccionar.

Al borde de la desesperación, algunos bancos centrales (el Banco Central Europeo y los de Suiza, Suecia y Japón) han cruzado «el rubicón» del límite inferior igual a cero, fijando tasas de interés negativas, lo que significa que los prestamistas pagan a los bancos centrales a cambio del privilegio de prestarles sus capitales. Es una muestra de la disfuncionalidad del sistema monetario, pero también del temor de los inversores, a medida que la volatilidad financiera los lleva a refugiarse en los únicos «paraísos» que consideran seguros para sus capitales: la deuda de los gobiernos soberanos.

¿QUÉ SE DEBE HACER?

¿Qué deben hacer entonces las fuerzas positivas —las fuerzas progresistas— para estabilizar el sistema financiero mundial y restablecer el empleo, la estabilidad política y la justicia social?

Primero, necesitamos que la opinión pública entienda mejor cómo se origina el dinero y cómo funciona el sistema financiero. Por desgracia, son áreas de la economía seriamente ignoradas por la corriente mayoritaria de los economistas; una conveniente preferencia que sin duda favorece al sector financiero. Este libro constituye un intento de simplificar conceptos clave relacionados con el dinero, las finanzas y la economía, a fin de hacerlos accesibles a un público mucho más amplio, en especial a las mujeres y los ecologistas. Esta obra es una ampliación de mi libro anterior *Just Money*, publicado en 2015, para intentar aportar más contenidos y claridad a los temas aquí tratados. Estoy convencida de que sólo si los ciudadanos comprenden mejor el dinero y el crédito, además del funcionamiento del sistema bancario y financiero, podrán llevarse a cabo cambios significativos.

El segundo objetivo de cualquier movimiento progresista debería ser canalizar la ira ciudadana generada por los banqueros y los políticos para favorecer alternativas progresistas y positivas. Por desgracia, la derecha es muchísimo más efectiva a la hora de canalizar el descontento ciudadano hacia la culpabilización de los inmigrantes, de quienes demandan asilo y de otros «hombres del saco». Igual de preocupante es ver cómo ciertos sectores de la llamada izquierda vehiculan dicho descontento hacia los banqueros para promover políticas económicas neoclásicas con el fin de resolver la crisis. Tales propuestas adoptan la forma de sistemas bancarios de reserva fraccional, la nacionalización de la oferta monetaria y los «presupuestos equilibrados» para los gobiernos; políticas estas que deben su origen a Friedrich Hayek y Milton Friedman y que tendrían efectos devastadores en la población trabajadora y en quienes dependen de las ayudas sociales estatales. De ahí que este libro cuestione los enfoques erróneos —aunque bienintencionados— de las organizaciones civiles que, en mi opinión, están conduciendo a mucha gente de izquierdas hacia un callejón intelectual sin salida.

CUESTIONAR A LOS PROFESIONALES DE LA ECONOMÍA

Parte del motivo por el que existe tanta confusión acerca del dinero, la banca y la deuda reside en que los economistas no incluyen en sus modelos al sistema financiero, se niegan (en general) a comprender y explicar estas cuestiones y, arrogantemente, culpan a otros (tanto a políticos como a consumidores) de la crisis financiera. Como muestra de dicha arrogancia, el profesor Steve Keen, en su libro *La economía desenmascarada*, cita a Ben Bernanke, gobernador de la Reserva Federal estadounidense cuando estalló la crisis: «La reciente crisis financiera fue más un fallo de la ingeniería económica y de la gestión de la economía que de lo que he definido como ciencia económica».⁷

Los «científicos económicos» de la profesión (y muchos de la izquierda) también han pasado por alto sistemáticamente, o menospreciado, las radicales teorías y políticas monetarias de John Maynard Keynes. En su lugar, las políticas «keynesianas» son desacreditadas por limitarse a «la fiscalidad y el gasto», a pesar de que la principal preocupación de Keynes era la política monetaria; la prevención de las crisis, no su cura. Después de todo, su obra principal se titula *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*. Sin embargo, eso no significa que no otorgase importancia al desarrollo de las políticas fiscales como parte de la «cura» de una crisis. Sencillamente pretendía que la política monetaria estuviese bien gestionada, a fin de evitar las crisis. Dada la importancia de su teoría monetaria, el libro que el lector tiene entre sus manos se basa fundamentalmente en las políticas propuestas por John Maynard Keynes, a pesar de que siguen considerándose un tabú por el *establishment* económico.

Keynes fue un intelectual británico a la altura, en mi opinión, de Charles Darwin. Ambos revolucionaron e hicieron que se comprendieran mejor los ámbitos que en que investigaron y donde trabajaron, lo que supuso una fuente de malestar entre muchos de sus contemporáneos y colegas. Tanto el uno como el

otro debieron hacer frente a increíbles resistencias, como lo confirma la persistencia de las escuelas creacionistas en Estados Unidos,⁸ así como la restauración de la escuela de economía clásica en todas las facultades universitarias, incluso en su alma máter, la Universidad de Cambridge.

La incapacidad para aprovechar el profundo conocimiento del sistema monetario al que Keynes llegó ha llevado a la mayoría de los economistas (y a buena parte de la clase política) a un tipo de negacionismo irracional muy similar al «creacionismo» antidarwinista. Sostengo aquí que pasar por alto a Keynes ha tenido un elevado coste: desempleo y empobrecimiento de millones de personas, crisis económicas y financieras recurrentes, desigualdades polarizantes, revueltas sociales y políticas, y guerras. Pero tampoco puede sorprendernos semejante desinterés, dado que Keynes fue implacable en su exigencia de que el sector financiero se hallase subordinado a los intereses de la sociedad en general y defendió activamente la «eutanasia de los rentistas». Consideraba el amor al dinero por sí mismo como «una morbosidad bastante desagradable, una de esas propensiones semi-criminales, semipatológicas que uno, con cierto estremecimiento, deriva al especialista en enfermedades mentales».⁹

Ello le creó muchos enemigos en el sector financiero y entre sus compañeros de las facultades de economía, de ahí que no sea extraño que se haya echado tierra sobre sus ideas y permitido que en nuestras universidades y facultades de ciencias económicas prevalezca el equivalente neoliberal del «creacionismo».

Por más que muchas cosas hayan cambiado tras su muerte, su conocimiento de los fundamentos del sistema monetario sigue siendo relevante y puede orientar la formulación de políticas. Además, la adopción de la teoría monetaria keynesiana y las políticas que lleva asociadas serán, en mi opinión, fundamentales para recuperar la estabilidad económica y ecológica, además de la justicia social.

Por tanto, aparte de promover un amplio conocimiento del sistema financiero, ¿qué debería hacerse para recobrar la prosperidad económica, la estabilidad financiera y la justicia social?

Creo que la respuesta podría resumirse en una sola línea: relocalizar el capital deslocalizado.

Para que una regulación democrática logre administrar un sistema financiero que favorezca los intereses de toda la ciudadanía —y no sólo los de una minoría globalizada y móvil— es indispensable que el capital deslocalizado sea relocalizado mediante el control de capitales. Sólo entonces podrán los bancos centrales gestionar las tasas de interés y mantenerlas bajas en todo el espectro de las actividades crediticias, tanto para tener una economía saludable y próspera, como para —según explicaré más adelante— poder gestionar bien las emisiones tóxicas y los ecosistemas. Sólo entonces será posible controlar la creación de crédito y evitar que se generen deudas insostenibles e impagables. Y sólo entonces será posible hacer cumplir las disposiciones fiscales democráticamente establecidas y acabar con la evasión de impuestos. La formulación democrática de políticas —sobre impuestos, pensiones, justicia penal, tasas de interés, etcétera— requiere límites y fronteras. Un país sin fronteras no podría fijar cuotas tributarias, ni determinar qué ciudadanos merecen cobrar pensiones, ni detener a los delincuentes. Pero el capital financiero internacional detesta los límites y la regulación democrática.

Algunos economistas valientes han sostenido durante años que los estados debían tener el poder de controlar los flujos de capital, por ejemplo los profesores Dani Rodrik y Kevin P. Gallagher. A ellos se han unido recientemente algunos economistas ortodoxos, incluida la muy respetada profesora Hélène Rey, que sostiene que en el arsenal de instrumentos macroprudenciales no se debería excluir el control de capitales. Hasta ahora, sus voces se han visto acalladas por una efectiva labor de presión por parte de Wall Street y la City de Londres. Por otra parte, los argumen-

tos a favor del control de capitales tampoco han logrado el apoyo de la izquierda o de los partidos socialdemócratas; más bien al contrario: la mayoría de los gobiernos socialdemócratas han aceptado y fortalecido un modelo de hiper-globalización.

Relocalizar el capital globalizado supondría una completa transformación del orden monetario mundial. Sólo entonces estaríamos en condiciones de afrontar los retos del cambio climático.

EL PODER DEL CRÉDITO

Las finanzas modernas suelen ser incomprensibles para la mayoría de las personas [...] El grado de comprensión de muchos banqueros y entes reguladores no es que sea considerablemente mayor. Probablemente se inventaron con esta intención. Como el lobo en el cuento infantil: «Para comerte mejor».

SATYAJIT DAS, *Traders, Guns and Money* (2010)

Las finanzas deben ser el sirviente, el sirviente inteligente, de la comunidad y la industria productiva; no su amo estúpido.

Comité Nacional Ejecutivo del
Partido Laborista británico (junio de 1944),
«Pleno empleo y política financiera»

En la actualidad, el sector financiero mundial ejerce un extraordinario poder sobre la sociedad y, muy especialmente, sobre los gobiernos, las empresas y los trabajadores. Los participantes en los mercados financieros controlan el diseño de las políticas económicas, socavan la toma democrática de decisiones y han

contribuido a «financiarizar» todos los sectores de la economía (tal vez con la sola excepción de las organizaciones religiosas). Los financieros han obtenido enormes ganancias de capital extrayendo renta (interés) de la deuda, pero también acumulando las rentas de activos preexistentes como la tierra, las propiedades, los monopolios de recursos naturales (agua, electricidad), bosques, obras de arte, caballos de raza, marcas y empresas. Como señala Michael Hudson, «la finalidad del sector financiero no es minimizar el coste de las carreteras, las centrales de energía, los medios de transporte, el agua o la educación, sino maximizar aquello que puede ser cobrado como renta de monopolio».¹

Los banqueros y especuladores de fondos en Wall Street y otros centros financieros se han esforzado especialmente en debilitar a las instituciones democráticas, ya sea mediante la reducción de las regulaciones financieras, el trabajo de los lobbys a favor de bajar los impuestos sobre las ganancias del capital o los retrocesos en la fiscalidad progresiva. El sector se ha valido de la movilidad del capital para transferir sus ganancias a paraísos fiscales como Panamá, Londres, Delaware (Estados Unidos), Luxemburgo, Suiza o los Territorios Británicos de Ultramar. Sin duda, el sector financiero mundial tiene muchas razones para saborear su triunfo. Ha logrado apresar, saquear en la práctica y luego subordinar a los gobiernos y a sus contribuyentes para beneficiar los intereses de los mercados financieros, descontrolados e irresponsables.

Geoffrey Ingham, el sociólogo de Cambridge, define como «despótico» el poder que hoy en día ejerce este sector.²

Por desgracia, debido a su opacidad y a los deliberados esfuerzos por enmascarar sus actividades, reina una ignorancia generalizada acerca de cómo se crea el dinero, de la función del crédito y el débito en la economía, del funcionamiento bancario y de cómo operan los sistemas monetario y financiero. Gran parte de los economistas ortodoxos son responsables de esto, pues desde sus cátedras universitarias y en los análisis que reali-

zan de la actividad económica ignoran por completo el dinero, la deuda y el sistema bancario. Según dice un economista que desea mantener su anonimato, el dinero o el crédito son «una cuestión de tercer orden de importancia». La mayoría de los economistas (ya sean «clásicos», «neoclásicos» y hasta algunos supuestamente «keynesianos») consideran el dinero algo «neutral» o simplemente un «velo» sobre las transacciones económicas. Ven a los banqueros como meros intermediarios entre el ahorro y la inversión, y para ellos la tasa de interés es algo «natural» según la oferta y la demanda de dinero. A partir de este punto ciego respecto al dinero y al funcionamiento bancario, no es sorprendente que gran parte de los economistas ortodoxos no analizaran o anticiparan correctamente la gran crisis financiera de 2007-2009. Igual de preocupante resulta que dicha falta de interés sobre cuestiones fundamentales relacionadas con la financiación de la economía haya llevado a una ausencia de debates en torno al «poder despótico» de las finanzas, a favor de cuyos intereses está siendo gestionado el sistema monetario. Hay gente que piensa que esta desatención por parte de los profesionales de la economía no es casual. Después de todo, ha permitido que el capital financiero mundial prospere, exento de cualquier tipo de control minucioso por parte de los académicos o de la ciudadanía.

Pero también ha propiciado grandes equívocos. Uno de los más graves es la con frecuencia repetida acusación de que los bancos centrales «imprimen dinero» y, por tanto, generan inflación. Por más que sea cierto que los bancos centrales son responsables tanto de la emisión como del mantenimiento del valor de la moneda, no lo son de «imprimir» la oferta monetaria de un país. Como explicó en cierta ocasión Mervyn King, que fue gobernador del Banco de Inglaterra, es el sistema bancario privado el que «imprime» el 95 por ciento del dinero que realmente circula (es decir, dinero en cualquiera de sus formas, incluidos los depósitos bancarios y de otro tipo, así como los bille-

tes y las monedas), mientras que el banco central sólo emite en torno al 5 por ciento o menos.³ En un sistema poco regulado, son los bancos comerciales privados los que ostentan el poder de otorgar o privar de financiación a los agentes activos en la economía.⁴ Pese a ello, los economistas neoliberales en su mayoría pasan por alto la «impresión» privada de dinero y en cambio atacan a los gobiernos y bancos centrales respaldados por el Estado, a los que acusan constantemente de avivar la inflación. El nexo entre la creación de dinero por parte de los bancos privados y la inflación explica en cierto modo por qué los asesores económicos de la señora Thatcher no lograron controlar la inflación.⁵ Sólo se centraron en la oferta de dinero público: los gastos y el endeudamiento gubernamentales. Los economistas monetaristas promovieron la desregulación para la creación de crédito por parte de los bancos comerciales privados. Tal desregulación permitió a los banqueros embarcarse en una orgía de préstamos que hizo que la inflación aumentara. Ésta es la razón por la que la señora Thatcher no pudo evitar que la tasa de inflación fuese del 21,9 por ciento en su primer año de mandato. No fue hasta en el cuarto año de su gobierno cuando logró reducirla por debajo de la tasa que había heredado, y sólo desarrollando una severa política de «austeridad». Como explica William Keegan, la «desaparecida doctrina económica (monetarista) no solamente provocó un aumento de la inflación, sino que además trajo consigo una brutal contracción de la economía británica y un aumento vertiginoso del desempleo».⁶

La preferencia por la creación privada de crédito forma parte de una ideología que afirma que lo público es malo y lo privado, bueno. Su argumento es que los «mercados libres y competitivos», que son invisibles y no tienen que rendir cuentas, son bastante fiables como para administrar el sector financiero y las economías de todo el mundo. Semejante idea no parte sólo de una confianza casi mística en los mercados «libres», sino también de un desprecio por el Estado democrático regulador; des-

precio abiertamente expresado por los partidarios de las administraciones Thatcher y Reagan en la década de 1980 y, desde entonces, por muchos políticos elegidos en las urnas.

LA GESTIÓN DEL SISTEMA MONETARIO

Aunque la creación de dinero «de la nada» es un fascinante y, para muchos, reciente descubrimiento, creo que lo importante no son las finanzas per se, sino la gestión o el control de lo que Keynes definió como «la producción elástica de dinero». No habría nada que objetar a un sistema monetario en que los bancos comerciales generaran la financiación necesaria para el desarrollo de las actividades productivas y creadoras de empleo en la economía real. Sin duda, los bancos comerciales pueden desempeñar un papel importante en la evaluación de riesgos, aportando y luego facilitando el flujo de finanzas dentro de la economía. Los funcionarios bancarios llevan a cabo una tarea importante en la gestión de las numerosas relaciones sociales que se generan entre los deudores y el banco, además de evaluar los riesgos de los potenciales prestatarios. Aunque no me opongo a la nacionalización de los bancos, los funcionarios públicos de las grandes burocracias no siempre son los más capacitados para evaluar los riesgos de todas las solicitudes de préstamos que los bancos reciben a diario. Imagino mejores cometidos para nuestros funcionarios públicos que los de evaluar la solicitud de una hipoteca presentada por la señora García, la petición de un préstamo para comprarse un coche del señor López o la tramitación de un descubierto en la cuenta del comerciante de la esquina.

No obstante, el poder que ostentan los banqueros comerciales privados para crear y facilitar financiación al «precio» (tasa de interés) que ellos mismos establecen no deja de ser enorme. Semejante poder es otorgado y respaldado por infraestructuras públicas (el banco central, el aparato legal y el sistema fiscal).

Por ello, tal poder debe ser minuciosa y rigurosamente controlado por instituciones públicas transparentes, a fin de evitar que se vuelva «despótico». Las autoridades deberían vigilar que la financiación y el crédito se distribuyeran con justicia, a tasas de interés sostenibles para desarrollar actividades económicas sensatas y asequibles, y no prácticas especulativas arriesgadas, que con demasiada frecuencia resultan ser sistemáticamente peligrosas. Sobre todo, ese enorme poder otorgado a los bancos por la sociedad —el de crear dinero «de la nada»— no debería usarse para el propio enriquecimiento de aquéllos. Como tampoco deberían los bancos utilizar los depósitos o préstamos de sus clientes minoristas como garantía para aumentar su propio endeudamiento y realizar sus prácticas especulativas. Todo esto es de sentido común, y debería constituir el fundamento para una supervisión reguladora de los bancos en cualquier sociedad democrática.

LA IMPORTANCIA DE UN SISTEMA BANCARIO SÓLIDO

Aunque en algunos círculos resulte polémico afirmar tal cosa, en mi opinión los sistemas monetario y financiero se cuentan entre los logros culturales y económicos más grandes de la humanidad. La creación de dinero por parte de un sistema monetario y bancario bien desarrollado, primero en Florencia, luego en Holanda y al final en Gran Bretaña, con la fundación del Banco de Inglaterra en 1694, fue sin duda un gran avance de la civilización. A consecuencia de la implantación de estos sistemas monetarios sólidos, se acabó la escasez de financiación para la empresa privada o para el bien público. Las personas emprendedoras ya no necesitaban depender de capitalistas poderosos y con pocos escrúpulos para obtener financiación. Los bancos otorgaban préstamos según la credibilidad del solicitante, lo que condujo a una gran disponibilidad de financiación para

muy diversos tipos de emprendimientos privados y públicos, y no solamente para un selecto grupo de privilegiados. Los nuevos y sólidamente desarrollados sistemas monetario y financiero favorecieron la democratización del acceso al crédito, a la vez que redujeron el «precio» o la tasa de interés que se cargaba a los préstamos. Por consiguiente, se acabó la escasez de dinero destinado a invertir y a potenciar la actividad económica y la creación de empleo. Por este motivo, hoy en día, quienes viven en sociedades con sistemas monetarios sólidos no deberían tener poca disponibilidad de dinero para afrontar, por ejemplo, la precariedad energética y el cambio climático. No tendría por qué escasear el dinero a la hora de acabar con los grandes azotes de la humanidad: la pobreza, la enfermedad y la desigualdad, ni a la de fomentar la prosperidad y el bienestar de la humanidad, financiar las artes y las actividades culturales o asegurar la estabilidad de los ecosistemas.

Los verdaderos déficits que padecemos son, en primera instancia, de aptitudes humanas: las limitaciones de nuestra integridad, imaginación, inteligencia, capacidad de organización e ímpetu, en las esferas individual, social y colectiva. En segundo lugar, los límites físicos de los ecosistemas. Éstas son limitaciones reales. No obstante, las relaciones sociales que crean el dinero y mantienen la confianza no tienen por qué escasear en un sistema monetario bien regulado y gestionado.

En un sistema financiero sano, podemos permitirnos hacer lo que seamos capaces de hacer. El dinero nos permite hacer lo que podamos hacer en función de nuestros limitados recursos naturales y humanos. Esto se debe a que el dinero o el crédito no existen como un resultado de la actividad económica, como muchos creen. Igual que sucede cuando compramos con nuestras tarjetas de crédito, es el dinero el que crea la actividad económica.

LOS AHORROS COMO CONSECUENCIA Y NO COMO PRERREQUISITO DEL CRÉDITO

Cuando los jóvenes acaban los estudios, consiguen un trabajo y a fin de mes cobran su salario, suponen erróneamente que sus recientes ingresos son resultado del trabajo, de la actividad económica, lo que lleva a la suposición generalizada de que el dinero existe como consecuencia de la actividad económica. De hecho, con muy raras excepciones, ha sido el crédito el que financió a la empresa y al empresario que contrató a esa joven; y probablemente fue un descuberto el que pagó el salario que obtuvo en su primer trabajo. Sin embargo, con un poco de suerte, su contratación creó actividad económica añadida (por ejemplo, la fabricación de pequeños aparatos) y generó ingresos con los cuales la persona que la empleó pudo cubrir el descuberto, pagar la deuda y satisfacer su salario.

En un sistema financiero bien gestionado, el dinero aporta los estímulos, los recursos necesarios para la innovación, para la producción y creación de empleo. En una economía bien gestionada, el dinero se invierte en actividades económicas productivas, no especulativas. En un sistema estable, la actividad económica (la inversión, el empleo) generan ganancias, salarios e ingresos que pueden usarse para reembolsar el crédito original.

Por supuesto, ha de haber limitaciones a la «producción elástica» de este constructo social que llamamos dinero. Esto se debe a que los banqueros y sus clientes pueden provocar que se dispare la inflación, por un lado, y la deflación, por el otro. Cuando los banqueros crean más crédito/deuda del que una economía puede usar de manera provechosa, es posible desembocar en «demasiado dinero a la caza de muy pocos bienes o servicios», es decir, inflación. De igual manera, el sistema bancario privado puede contraer la cantidad de crédito creada, lo que reduce la oferta de dinero, desanimando así la actividad y el empleo. Sólo si el poder público controla de manera adecuada

el sistema bancario, de acuerdo con los intereses de la economía en su conjunto, no habrá escasez de financiación para el desarrollo de una actividad productiva sensata.

Ésta es la razón por la que los sistemas bancarios prudentes y los sistemas monetarios modernos —al igual que las instalaciones sanitarias o el aire y el agua limpios— pueden constituir un gran «bien público». De ser así, es posible que sirvan para asegurar la estabilidad y la prosperidad, promover el desarrollo y financiar la sostenibilidad ecológica, como explicaré más adelante. Gestionado inadecuadamente, un sistema bancario perjudica fatalmente los fines sociales, políticos, económicos y ecológicos, como sucede en muchos países de economías reducidas. Los banqueros y otros prestamistas (incluidos los dedicados al microcrédito) pueden establecer tasas de interés usureras y en última instancia impagables. Utilizando su poder despótico para escamotear el crédito o las finanzas a la economía, banqueros y financieros son capaces de hacer que la actividad económica se contraiga, lo que lleva a la deflación de los salarios y los precios, al desempleo generalizado y a la miseria social. Si se permite que se desboque, un sistema bancario y financiero puede, y por lo general lo hace, tener un impacto catastrófico sobre la sociedad y el ecosistema. Gestionado de forma inadecuada, usurpa y cannibaliza las instituciones democráticas.

Estamos viviendo en una era desastrosa en que el sector financiero se ha expandido en exceso; una era en que la mayoría de los financieros no tiene casi ninguna relación directa con la economía real, la vinculada a la producción de bienes y servicios. La desregulación ha permitido al sector financiero alimentarse a sí mismo, enriquecer a los miembros que lo conforman y desconectar sus actividades de la economía real. Los actores productivos en la economía real —los fabricantes y creadores— se han visto desbordados periódicamente con «dinero fácil, pero caro» y, con la misma frecuencia, privados de financiación asequible. Dicha inestabilidad ha propiciado crisis cada vez más

frecuentes a partir de las políticas de «liberalización» de la década de 1970, así como prolongados desastres económicos desde la crisis financiera de 2007-2009.

Muchos países de economías pequeñas se ven atenazados por sistemas financieros pésimamente gestionados y regulados a la ligera y, por tanto, se ven afectados por la escasez de finanzas para el comercio y la producción, así como para generar los servicios públicos básicos. Esto se debe en parte a que carecen de las necesarias instituciones públicas (por ejemplo, un banco central sólido, un sistema fiable de justicia penal y una profesión contable debidamente reglamentada) y de políticas (incluidas las de carácter fiscal) que favorezcan a un sector financiero en verdad operativo. Ningún sistema monetario o bancario puede funcionar bien si no existe un sistema de regulación, una contabilidad adecuada y un sistema judicial que vele por el cumplimiento de los contratos y evite el fraude. Sin embargo, mientras que se ha alentado a los países emergentes a abrir sus mercados de capital y comercio, y a atraer la riqueza privada, se les ha desalentado, cuando no bloqueado de manera directa, en sus esfuerzos por construir instituciones públicas sólidas y por diseñar políticas adecuadas para administrar sus sistemas monetario y fiscal. Sobre todo, se les ha desalentado a la hora de regular la creación de crédito («dejádselo al mercado»), con tasas de interés asequibles, por parte del sector bancario privado; o de controlar los flujos financieros que entran y salen de sus economías.

EL PAPEL DE LOS CAPITALISTAS SIN ESCRÚPULOS

En países con instituciones y sistemas reguladores débiles, los empresarios se ven obligados a solicitar préstamos a aquellos que, por medios legítimos o ilegítimos, han acumulado recursos o capital. A la hora de obtener moneda extranjera fuerte, los

gobiernos de los países pobres dependen de instituciones como el FMI y el Banco Mundial, o de los mercados internacionales de capital. Como consecuencia de la dependencia tanto de los capitalistas nacionales como internacionales, el dinero es caro. Lo prestan acreedores poderosos, con autoridad para crear crédito en una moneda estable. En otros casos, lo prestan individuos o empresas que disponen de ahorros o excedentes, siempre a altas tasas de interés; tasas que a veces superan el beneficio o rendimiento que puede conseguirse con la inversión. Si el préstamo se solicita en moneda extranjera, la volatilidad de los movimientos de divisas puede incrementar el coste del préstamo o reducirlo. Pero dicha inestabilidad tiene efectos disuasorios respecto a la creación de empresas prometedoras. Como resultado de esta dependencia de las divisas extranjeras, en la mayoría de países pobres se desalienta la innovación, el desempleo y el subempleo se eternizan y la pobreza se afianza.

Pero no tiene por qué ser así. Los sistemas monetarios y los mercados financieros han cortado los lazos que los vinculaban a la economía real y a las relaciones existentes en toda sociedad, incluidos sus valores y sus necesidades. Esto se debe en gran medida a que las élites ricas, en connivencia con los entes reguladores y los gobernantes, se han apropiado de nuestros sistemas monetarios y socavado la confianza de la sociedad a fin de dirigir el sistema financiero en función de sus estrechos y perversos intereses.

LA OPOSICIÓN A LA REGULACIÓN DEMOCRÁTICA

Entre los economistas ortodoxos que demuestran cierto interés por el sector financiero, la mayoría se opone al control y la regulación de las finanzas para favorecer los intereses de la sociedad en su conjunto. Al actuar consciente o inconscientemente a favor de los intereses de los acreedores, muchos acaban justifi-

cando el crédito «fácil» (es decir, no regulado) pero «costoso» (a altas tasas de interés). En mi opinión, ésta es la peor combinación posible para la sociedad y el ecosistema, pues las tasas de interés elevadas y en constante aumento exigen también tasas de rendimiento altas y en aumento incesante por parte de los inversores, los trabajadores y los «activos» o recursos finitos del planeta.

Gran parte de los economistas ortodoxos tiene también una insana obsesión con el Estado, al que acusan de practicar la «captación de rentas», pero pasan por alto esa misma actitud cuando la desarrolla el sector privado. En octubre de 2008, el ex director de la Reserva Federal de Estados Unidos, Alan Greenspan, dejó clara tal ortodoxia durante un interrogatorio realizado por una comisión del Congreso, presidida por Henry Waxman.⁷ El presidente de la comisión le recordó al señor Greenspan lo que alguna vez había dicho: «Tengo una ideología. Mi criterio es que los mercados libres, competitivos, son con diferencia el modo más adecuado de organizar las economías. Hemos probado las regulaciones; ninguna ha funcionado de forma efectiva».

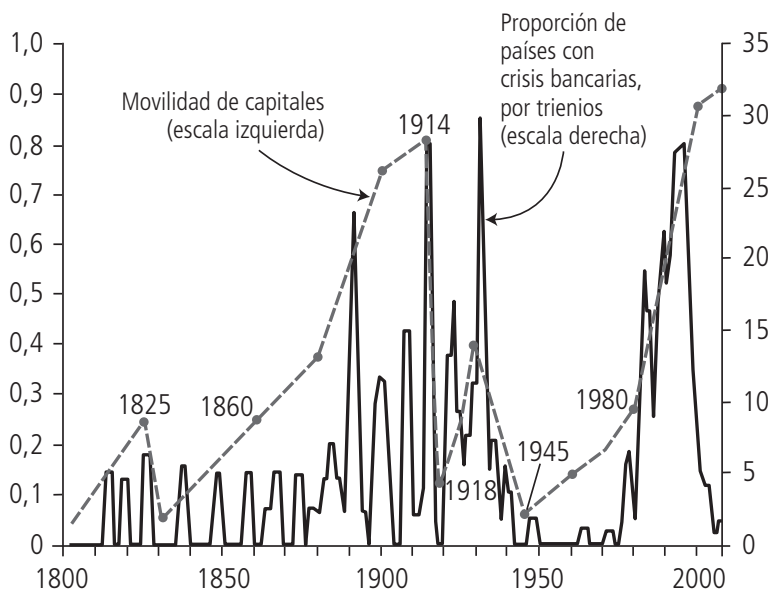
Greenspan respondió que había «hallado un fallo en el modelo que consideraba la estructura esencial de funcionamiento que define cómo se desenvuelve el mundo, por decirlo así [...] Ésta es justo la razón que me dejó estupefacto, porque durante cuarenta años o más había tenido considerables evidencias de que ese modelo funcionaba excepcionalmente bien». Gracias a la poderosa influencia de la ortodoxia económica practicada por el señor Greenspan y otros, los gobiernos occidentales han utilizado los mercados como «el modo más adecuado para organizar las economías». La «regulación ligera», la «externalización», la «globalización» y otros cambios de políticas fueron aclamados como los métodos más efectivos para transferir a manos privadas el control de un bien público como es el sistema monetario. Dicha ortodoxia concedió dos grandes poderes al sistema bancario privado: primero, el de crear, valorar y gestio-

nar el crédito sin supervisión o regulación efectivas; segundo, la capacidad de «administrar» los flujos financieros mundiales transfronterizos. Y hacerlo fuera de la vista de las autoridades reguladoras. Debido a este cambio, las autoridades públicas democráticas y responsables cedieron el control efectivo del empleo, las prestaciones sociales y los ingresos a individuos e instituciones financieras remotas y carentes de transparencia.

Esta cesión de tan grande poder financiero se llevó a cabo sigilosamente. Casi no ha habido debates públicos o académicos sobre el impacto de transferir a los intereses privados el poder público para regular con transparencia. A cambio, la ciudadanía obtuvo vanas promesas sobre la capacidad de los mercados libres para autocorregirse. La competencia, se nos decía, eliminaría el engaño y el fraude.

El resultado era de todo punto predecible. Pequeños grupos de individuos y empresas del sector financiero privado obtuvieron unas ganancias de capital sin precedentes en la historia. A quienes estaban fuera de dicho sector les sustrajeron incontables riquezas. Quienes se dedicaban a actividades productivas experimentaron un descenso del crecimiento y un desempleo mayor. A medida que la liberalización iniciada en la década de 1970 iba consolidándose, el desempleo se disparó en todo el mundo, mientras que la parte del PIB correspondiente a los salarios descendía. Las desigualdades no dejaron de aumentar. En todo el mundo la deuda privada ascendió hasta superar el volumen de ingresos. Proliferaron las crisis financieras, como demuestran los profesores Ken Rogoff y Carmen Reinhart.

La confianza en el sistema bancario y en las instituciones democráticas de carácter público disminuyó de manera drástica. No es difícil entender la razón. El traspaso del poder económico de instituciones serias, elegidas por los ciudadanos y transparentes a las élites opulentas dejó vacíos de sentido a los organismos democráticos y colocó a aquellos que toman las decisiones importantes —como los directivos de los bancos globa-



Fuente: Carmen M. Reinhart, *This Time is Different: A Panoramic View of Eight Centuries of Financial Crises*, Universidad de Maryland y NBER; y Kenneth S. Rogoff, *Universidad de Harvard y NBER*.

GRÁFICO I. Crisis financieras durante los períodos de intensa movilidad de capitales después de la liberalización financiera.

les— más allá del alcance de la ley, de los entes reguladores y de los políticos. Al mismo tiempo, las «privatizaciones» propiciaron que vastos sectores de la economía que hasta entonces habían estado sujetos a la supervisión democrática quedaran reducidos.

La profesión económica y las universidades se mantuvieron al margen, mientras enormes cuotas de poder iban concentrándose cada vez más en manos de grupos de pequeños financieros sin escrúpulos. Los economistas, como presas de una repentina miopía, optaron por centrarse en asuntos de microeconomía y perdieron contacto con la macroeconomía. Hoy en día, los profesionales de la economía continúan distanciados de la crisis y se muestran indiferentes respecto a su resolución.

Los políticos y los medios de comunicación expresaban su confusión frente a las actividades del sector financiero. Gillian Tett, uno de los pocos periodistas bastante audaces como para analizar y cuestionar el mundo de las finanzas y los acreedores internacionales, responsabiliza a un «patrón de “silencio social” [...] que aseguró que las operaciones complejas de crédito se considerasen demasiado aburridas, irrelevantes o técnicas como para despertar el interés de los extraños, ya fuesen periodistas o políticos».⁸ Las finanzas eran demasiado aburridas y arcanas para atraer el interés del feminismo y del ecologismo predominantes.

Debido a este «silencio social», los ciudadanos no estaban preparados para la crisis y, en su mayoría, continúan sin saber cómo funciona el sistema financiero y sus operaciones.

La experiencia de la desregulación financiera demostró que un capitalismo que pasa por alto la democracia popular acaba degenerando en delincuencia, búsqueda exclusiva de beneficios y corrupción a gran escala. Como ya predijese Karl Polanyi en su famoso libro *La gran transformación*, las sociedades generan resistencias al «mercado autorregulado del trabajo, la tierra y el dinero», es decir, el fundamentalismo de mercado, aun cuando la resistencia ciega parezca ser irracional.⁹ En el momento en que redacto estas páginas, en Estados Unidos un candidato a la presidencia del gobierno que promete erigir un muro entre su país y México está logrando un apoyo extraordinario. En Europa, los dirigentes dispuestos a imponer un control autoritario y nacionalista sobre la economía gozan cada vez de mayor popularidad.

Al igual que en las décadas de 1920 y 1930, las sociedades miran de nuevo con simpatía a los líderes autoritarios, con la vana convicción de que sus nuevos «amos» las protegerán del «amo estúpido» que ya identificaron los laboristas británicos en 1944: las finanzas desreguladas y globalizadas.

